

De los Días Perdidos...

El Plato de Locro

Los recuerdos de la infancia son inolvidables; quedan grabados en la memoria para siempre, y aunque pasen muchos años permanecen vivos, vivos, inconfundibles son imágenes en la honda memoria del ser. Esas experiencias de vida de los primeros años —alegrías, sufrimientos, observaciones sobre el mundo y lo maravilloso de ciertas fisionomías— es imposible desprendérlas de la mente como se arranca una hoja de un libro, para olvidarla y no acordarse de ella nunca más.

Digo esto, a modo de preámbulo, por considerarlo fundamental en lo que voy a narrar. Es un episodio triste de mi agorreada existencia, vivido allí por el año 1909, cuando yo era un niño, y nacido por lo mismo impacto profundo en mi espíritu, pues fue un golpe tan fuerte, y propulsado a manivela por el destino, cuando recibía esperanza a vivir.

Mi padre, del que siempre fui su "negro" regalito, bebía demasiado, y era raro el día en que a la hora crepuscular, cuando los mercaderes abandonaban la casa administración en borbolladas impresionantes, él no entrara borracho. Toda malas caras, perdía los sentidos con el licor, se ponía agridulce y era capaz de agredir al más póstumo, con cualquier objeto que tuviera a la mano, cada vez que se hablaba en ese estadio. Y cuando no leía con quiebre desahogar su ira, castigaba con mi madre, a la que golpeaba y ofendía con ese vocabulario procer de los hombres que se han entregado por completo al vicio del alcohol.

Vivíamos solos, los tres, en una vieja casa solitaria que se levantaba en la ladera del cerro, a orillas del camino que bifurcaba las minas desde "Campamento" hasta el "Calicanto". Allí no había a quien llamar, cuando las enormes violentas se presentaban, y no podíamos



reciamos durante largo tiempo, sellando impotentes frentes a nuestra desgracia, apretadas las manos y blandiendo los puños del perdón, que nos brotaban sangre como en una po-

neña romántica de lágrimas. Esas caras y las gesticulas se repetían a menudo; nuestro sufrimiento era cada vez mayor, una amarga constante, un mal desgarrado y sin remedio. Y los momentos oscuros se encargaron a rebellarlos y a sugerir a mi madre que debíamos librarnos, y que para lograrlo teníamos que abandonar el hogar y dejar todo allí al caerante de nuestras infelidades. Tanto le suplicaría, con mis tempos parlanchín y mi emoción de niño borrioso en la más parte de su impío sentimiento, que ella se convenciera, y un día, cuando el bajó a la mitad, a ver a sus barretines y apresuró su pincinerito, cosieron sobre su media capa en un par de boinas y partieron hacia la casa de la señora de un arriero que vivía en un lugar distante, en uno de los ranchos dispersos de "El Pueyo". Llegamos cansados, después del mediodía; ella con la bolsa más grande, que llevaba a la cabana, y yo con el atado más pequeño, que había cargado a la espalda con improvisados sacales.

Comimos temprano en aquella casa, pues había que partir luego con el arriero, que saldría con su tropilla de

sino un polvo "garapachos" compuesto de trigo "pelado" y papas, al que se agregaba una capa de "color" en el momento de servirlo. Estaba delicioso; tenía un agradable sabor de cebolla rasquista que yo jamás había probado. No sé si que la cieta hambre en aquel momento, lo que pudo haber contribuido a que disfrutara de tan fragil comidita como si se tratara de un verdadero manjar.

Después partimos con el arriero, que nos apresajó un asno de regalos alzado con una especie de albarca, en el que se ascomió mi madre, llevándose a mí a hombros, sobre el duro horcón. Nos asombró en el llano, y allí dormimos sobre las peñitas, bajo el dovel del cielo que parecía esa bendición de Dios iluminando nuestra soledad de aquella noche en que ibamos huyendo de nuestro destino, hacia entonces tan cruel, en busca de otros horizontes y de una nueva vida.

Lo demás creo que ya lo he contado en otros "días perdidos" de viejas tristezas y si he traído a colación estos recuerdos ha sido para destacar aquél plato de locro, sabroso e inolvidable, con que mis despedidas del hogar minero de mis primeros años, el que si bien en cierto me brindó días felices, también me ofreció muchos terribles que fueron un verdadero calvario.

La aventura del hombre es sacrificada y penosa, casi siempre, desde la niñez, como en mi caso. Pero sirve para templar el espíritu, como se endurece el acero luego de calentarlo al rojo para darle, en seguida, la consistencia que se requiere, al enfriarla en el agua.

Estas experiencias, a pesar de la lejanía del tiempo en que ocurrieron, no las he olvidado jamás. Y allí están "vivas" para recordarlas en la soledad y el silencio de las medias en que debo escribir para esta página del diario. La embarrancos y un tanto débil hacerlo porque duele el recordar, y se siente

66179

El plato de Locro [artículo] Homero Bascuñan.

Libros y documentos

AUTORÍA

Bascuñan, Homero, 1901-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1974

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El plato de Locro [artículo] Homero Bascuñan.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)

Mapa